

ción de un testimonio tan autorizado nos sirve para ratificar algo que señalábamos hace poco en TRIUNFO: el hecho de que los sucesos de Loja constituyeron en el fondo un movimiento de tipo republicano, es decir, un golpe antimonárquico y hasta puede que, reduciendo aún más el ángulo, simplemente antidinástico. En la historiografía, sin embargo, esta interpretación no ha logrado aún suficiente crédito, siendo todavía corriente una insostenible interpretación «revolucionaria» de sentido y aliento socialista e, incluso, anarquista. Calero ha tenido, entre otros numerosos, el acierto de subrayar los aspectos morigerados o explícitamente «limitados» en la ideología de Pérez del Alamo. En cambio, el testimonio confirma ciertos aspectos organizativos —el carácter de «sociedad secreta» adoptado por los activistas, el volumen numérico de la conspiración, la orientación de la disciplina, etcétera— que no aparecían del todo claros hasta ahora y venían siendo aceptados sólo con grandes reservas desde las posiciones historiográficas adversas. Doble ventaja, pues, aporta a la objetividad histórica esta fuente desde ahora fácilmente asequible.

Por último, cabe señalar que si la confesión del veterinario de Loja demuestra el carácter democrático —republicano— de aquella «revolución», sin lugar a dudas no es menos cierto que aclara también el verdadero alcance de cierta ideología de orientación «social» que tuvo en su preparación. La de Loja fue una «revolución» programáticamente trazada con arreglo a las directrices de la prensa llamada «democrática» del momento, que se valió de un modelo secreto de organización y que no es dudoso debió manejar, en alguna medida, y a efectos proselitistas el señuelo de promesas concretas más o menos «socialistas», sin excluir el consabido «reparto» de la tierra. Pero, en el escalón dirigente al menos, resulta claro que la intención de los sublevados responde a patrones ideológicos «reformistas» y sólo incidentalmente «revolucionarios».

El relato de Pérez del Alamo de lo que pasó en Loja en 1861, así como el de las

peripecias posteriores al golpe burgués del 68, constituye una pieza imprescindible en el rompecabezas que va siendo ya la historia del revolucionarismo campesino andaluz. Y a ese mérito junta esta edición, repetimos, el de venir encuadrado el tema en la panorámica tan clara y equilibrada con que ha sabido enriquecerlo el buen instinto de Antonio M. Calero, nuevo en estas plazas según creemos, pero acreedor ya a una confianza más que justificada por el presente trabajo. ■ JOSE ANTONIO GÓMEZ MARIN.

«Historia del análisis económico»

No deja de ser un acontecimiento importante, a pesar de su aparición relativamente tardía (la primera edición inglesa es de 1954), la publicación de la versión castellana de «Historia del análisis económico», por Joseph Alois Schumpeter, en traducción de Manuel Sacristán.

Esta obra, que fue publicada por Elizabeth Boody Schumpeter basándose en los manuscritos de su marido, intenta una descripción de «el desarrollo y los avatares del análisis científico desde la época greco-romana hasta el presente, dentro del adecuado marco de la historia social y política y prestando también alguna atención al desarrollo habido en otras ciencias sociales e incluso en Filosofía». El tema del libro es la historia de los esfuerzos realizados por describir y explicar los hechos económicos y procurarse las herramientas necesarias para conseguirlo. Como ya la mera posibilidad de tratar la historia de la Economía es tema debatido, la parte I del libro se dedica enteramente a las cuestiones metodológicas suscitadas por este planteamiento, sobre todo a la cuestión de que hasta qué punto la distinción entre análisis económico científico y pensamiento económico es válida a pesar de la interacción entre uno y otro. Las tres partes siguientes están dedicadas a la historia del desarrollo del conocimiento histórico, estadístico y teórico de los fenómenos económicos; la parte V y última se propone relacionar el actual estado de la

Economía con toda la obra del pasado.

Desde su definición de «Historia del análisis económico» («La historia de los esfuerzos intelectuales realizados por los hombres para entender los fenómenos económicos»), va a diferenciar explícitamente el objeto de su trabajo de una «Historia del pensamiento económico» y de una «Historia de los Sistemas de Economía Política» («exposición de un amplio conjunto de procedimientos económicos que se proponen sobre la base de ciertos principios unificadores»), porque mientras es posible hablar de progreso analítico, no hay nada que corresponda o sea semejante a eso en el campo del pensamiento económico, ni tampoco en una disposición histórica de sistemas de Economía Política; el término progreso no tiene sentido o de cualquier otro tema político, porque no cuenta con un sistema válido para realizar comparaciones interpersonales. Por ello es lógico admitir que todos los sistemas de Economía Política están ideológicamente condicionados y los conjuntos de opiniones acerca de temas económicos tienen también esta naturaleza. Pero no termina allí la presencia de la ten-

denciosidad ideológica, ya que el trabajo analítico va precedido por un acto preanalítico de conocimiento —«visión»—. Aunque afirma que «esta visión es ideológica casi por definición», Schumpeter sostiene que esta fuente de ideología es un motor del desarrollo del trabajo científico, o bien, en palabras de Joan Robinson, que «las proposiciones metafísicas no pertenecen al terreno de la ciencia y, sin embargo, le son necesarias, pues sin ellas no sabríamos qué es lo que necesitamos saber». Observa, sin embargo, que las reglas de procedimiento analítico «están casi tan libres de influencia ideológica como sometida a ella está la visión». Estas reglas de procedimientos permitirán extirpar parcialmente el error ideológico. A pesar de no ser posible la eliminación completa, permitirán al menos estrechar y localizar las zonas donde existe; pero este proceso puede ser muy dilatado y tropezar con muchas resistencias, y, además, nunca se está a salvo de que nuevas ideologías ocupen el lugar de las ya eliminadas.

El método Schumpeter presenta un problema al historiador cuando intenta su aplicación: la posibilidad de comparar un método de

análisis de una determinada época histórica con otro método de análisis parecido de una época distinta, permitirá hablar de progreso cuando se limite a formalizaciones del análisis; pero cuando se trata de métodos distintos que se pronuncian sobre afirmaciones diferentes, no existe esa posibilidad. Por otro lado, sólo sirve para separar la metafísica que superficialmente acompaña a la teoría económica, pero no para distinguir lo metafísico de lo científico a nivel profundo. Carece de un criterio lógico interior para distinguir la Metafísica de la Economía. ■ OSCAR LOVERA.

Dos textos de Kipphardt

En nuestros comentarios teatrales hemos hablado alguna vez del teatro documento y de sus principales autores. La pretensión documental en el teatro es muy antigua y ha tenido, desde Aristófanes a hoy, diversas formas, según las circunstancias históricas de su manifestación. Sin embargo, y dejando al margen las disquisiciones al respecto, lo cierto es que existe un grupo de obras y de autores muy concreto que, en lengua alemana, ha dramatizado una serie de documentos, por lo común de la última guerra. El fenómeno se explica doblemente: de un lado, estaría la tradición representada por Piscator, tan ligada a la crítica política y a la creación de espectáculos que incidían en la vida alemana de los años veinte. De otro, las acusaciones que pesan sobre la Alemania de Hitler. Un tema como, por ejemplo, el del exterminio de los judíos se convierte en una verdadera y muy justificada obsesión nacional. ¿Hasta dónde fue responsable de ello el pueblo alemán? ¿Hasta dónde es atribuible el genocidio sólo a la élite de un régimen político? Y, sobre todo, ¿no estamos ante una historia «contada por los vencedores» y, por tanto, orientada para cargar las culpas a los vencidos?

Las posiciones serían varias, puesto que, pese a la supuesta objetividad del teatro documento, cada autor tendría su perspectiva. Y así, continuando con el tema de los judíos, habría

J. A. Schumpeter.

